

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

¡DENUNCIADOS!

El último número de DON QUIJOTE ha sido denunciado.

¡Pchs!

GARIBALDI

Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, á la verdad, no puede ninguno de ellos dudar que, ora les parezca una serie de faltas, ora una serie de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria. Nacido entre el Mediterráneo y los Alpes, su alma tiene algo de la poesía de aquella hermosa naturaleza. Criado en el mar; acostumbrado á vencer sus olas y sus huracanes, á deslizarse sobre los abismos, á recoger en la vela para marchar el mismo viento que parece venir á combatirle, cree, como todo marino intrépido, que ninguna fuerza social puede resistirse al que ha vencido los elementos. Los hombres muy dados al mar toman esa especie de carácter romántico que dan los horizontes incommensurables, las luminosas estelas, el hervidero de las blancas espumas, la palpación del oleaje, los mundos embrionarios que hay en esos gérmenes de nuevos seres, los movimientos concertados de los astros, que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave; el estruendo de los huracanes azotando las alteradas aguas; en fin, la realización palpable, visible de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los días más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus ríos que parecen mares; en aquella especie de exaltación de la vida en infinitos seres, que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es, además, italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria, como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religión para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre, que hoy declara muerto el catolicismo y caído el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pío IX, convertido al liberalismo, salvaría á su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centelleo de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignación de los mártires; su rubia melena y su no menos rubia barba, surcada por algunas blancas canas, le rodea de una especie de atmósfera luminosa, como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él cuanto queráis; pero no dudéis que, por su ingenuidad y por su candor, se distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas ese marino, ese guerrillero que tiene una sola pasión en el corazón, y ese mismo corazón siempre en los labios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea; si hay quien ame; si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata; que vino, en alas de su amor patrio, á luchar en el sitio de Roma; que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes cuando Italia peleaba por su independencia; que fué de Caprera á Palermo y de Palermo á Nápoles ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que, después de haber levantado con los conjuros de su genio y con el brillo de su espada un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le había dado la corona de Italia; que ve un pueblo en peligro allí está, inspirado por su ideal, á dar su vida por todos los oprimidos y á pelear contra todos los opresores.

EMILIO CASTELAR

LA CRISIS

Sigue triunfando la política vaticanista. Ya ha sido arrojado del ministerio Canalejas. El viejo Sagasta es el mismo de siempre. Liberal por fuera y reaccionario por dentro. ¡Si casi está haciendo bueno á Silvela! ¡Si casi hace desear la vuelta de los conservadores al poder!

La democracia ha sido echada del gobierno en la persona de Canalejas. Roma triunfa. Esta crisis vergonzosa será la última que haga el señor Sagasta. Y el partido liberal caerá del poder deshonrado y deshecho.

Los republicanos estamos de enhorabuena.

¡BENDITO SOL!

Al despuntar el sol, que centellea sobre los anchos muelles de la ría que blanquean cubiertos por el helado manto de la escarcha, la tropa de rapaces vagabundos, lo mismo que bandada de gorriones, baja desde sus nidos de miseria...

—¡Buen día! ¡Buen día!

dicen aleutando...

Y se abren y se esponjan lo mismo que las aves sacudiendo sus pobres entumecidos miembros á la dulce caricia del sol, padre de todos.

—¡Buen día! ¡Buen día!

repiten con alegre charloteo

¡Aquí, que hay soleico!

Y vuela la bandada

de un lado para otro

buscando los abrigos de los muelles, calentando sus manos ateridas con el vaho caliente de sus bocas.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

sonreíd todavía...

¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!..

Inúndanos á todos,

¡Oh, redentor augusto!

¡Oh, piadosa alegría de los pobres!

VICENTE MEDINA

EL ETERNO PLEITO

Dice el país de los políticos:

«Ralea de aventureros ávidos é insaciables, sacados de la nada por el favor, elevados al poder por la intriga, en la adversidad serviles, en la prosperidad insolentes, siempre ineptos y corrompidos, siempre ganosos de su medro, ocultando, bajo palabras de miel, la voracidad de sus apetitos, indiferentes á los males de la nación, fariseos de la equidad, hipócritas del patriotismo, traficantes de la conciencia, convirtiendo la vida pública en hediondo pudridero; ¡adónde pueden esos hombres llevar al pueblo patriota; sufrido, trabajador, honrado, sino á la ruina y al desastre?»

Dicen los políticos del país:

«Degenerado, inculto, indócil, desconocedor de sus derechos y enemigo de sus deberes, desertor de las urnas en que se forja la soberanía, rebelde á la tutela que por su minoridad necesita, incapaz para el trabajo, desprovisto de iniciativas, hondamente dividido en fracciones inconciliables, eterno descontento de todo, sin llevar á la vida pública otra aportación que la de la censura ó la queja, ¡qué Gladstone, qué Cavour, qué Bismarck, qué genio de la política y de la estadística podría hacer una verdadera nación con un pueblo semejante?»

¿Quién de ellos tiene razón? Los dos y ninguno. Como suele suceder, ambos aciertan y ambos yerran. Aciertan viendo la paja en el ojo del vecino; se engañan no viendo la viga en el propio. No está en la naturaleza de las cosas que un país desgraciado engendre políticos perfectos, ni que políticos corrompidos salgan de las entrañas de una nación irreproachable. Si tan malos son los gobernantes, ¿por qué los tolera el país? Si el país es tan detestable, ¿por qué se desviven los políticos para gobernarle? No es notorio que en este pleito cada uno de los contendientes, al acusar á su contrario, se acusa de paso á sí mismo?

Hay, no obstante, entre uno y otro esenciales diferencias que la justicia manda señalar. No es toda la culpa del país; no es toda la culpa del Estado. Pero sería poco equitativo igualar á gobernantes y gobernados en situación y responsabilidad. El simple buen sentido marca bien las desigualdades.

El país está en su casa, los políticos en casa del país. Aquél peca por su cuenta, éstos pecan por cuenta ajena. La nación paga sus propios errores y extravíos; los políticos ponen los suyos á cargo de la nación. La distinción, como se ve, no puede ser más radical. Si nunca hay derecho á pecar, es evidente que el pecado será doblemente grave cuando se perpetra en representación y á costa del prójimo.

No es lo mismo dirigir que ser dirigido, gobernar que ser gobernado. El cargo de tutor implica muy otras responsabilidades que la condición de pupilo. El que es guiado no se halla sujeto, como el que guía, á conocer las asperezas y los peligros del camino. En la derrota producida por una emboscada, se imputa con razón la culpa al capitán y no al soldado. Del naufragio originado por negligencia, no se acusa al pasajero, sino al piloto. Quien asume el cargo de gobernar, asume con él la obligación de velar por los derechos y los intereses comunes. Para eso se dan gobierno las naciones. Para eso tienen los gobernantes medios de conocimiento y de acción que no poseen los simples ciudadanos. Por eso es imputable á aquéllos y no á éstos la responsabilidad de las comunes catástrofes.

Corregir los vicios nativos, los malos hábitos hereditarios de un pueblo, es empresa larga y difícil, obra del tiempo, labor de siglos. Rectificar los rumbos torcidos de una política torpe y desastrosa, puede ser cosa de un momento. De aquéllo la historia humana nos ofrece acaso un sólo ejemplo; de esto muchos. Hay derecho á exigir á los hombres lo fácil y no lo imposible. A la razón y no al instinto, á la reflexión y no al hábito, toca aprovechar las lecciones de la experiencia. Si

ante ellas no se enmiendan los que dirigen, ¿á qué título pueden pretender que se enmienden los dirigidos?

Una nación, aunque á sí misma se reconozca y se declare incapaz de toda reforma, no puede dimitir,irse á su casa, retirarse á la vida privada. Al hombre público que no puede ó no quiere enregirse, le queda este fácil camino. Si por su culpa ó la del pueblo no le es dado gobernar sin originar el desastre ó agravar sus consecuencias, ¿quién le ha metido en tal oficio? ¿Quién le obliga á persistir en él? ¿Qué puñal se le pone al pecho para que no se vaya? ¿Qué otra cosa se le pide si no es que se largue con viento fresco? ¡Feliz condición la del gobernante á quien le es lícito sus traerse con tanta facilidad á los enojos de la profesión y á las amarguras del cargo! De cierto más de cuatro padres y maridos le envidiarán el privilegio.

De todo lo cual se infiere que no hay paridad en las recriminaciones que recíprocamente se lanzan el país á los políticos y los políticos al país. Ambos tendrán en los males colectivos su parte de culpa; pero siendo distinta su situación, distinta tiene que ser también su responsabilidad. Que aquellos que nunca hicieron su provecho de las flaquezas nacionales, las condenen y estigmaten, santo y bueno. Los que deben á ellas su encumbramiento, no tienen para criticarlas razón ni autoridad. Porque ¡hay nada tan donoso como oír á los políticos que se estilan decir, increpándole, al pobre pueblo: nosotros te engañamos, ¡por qué eres crédulo!; nosotros suplantamos tu soberanía, ¡por qué eres torpe y negligente!; nosotros te corrompemos, ¡por qué eres corruptible!; nosotros te llevamos al desastre, ¡por qué fuiste!; nosotros te arruinamos, ¡por qué te dejaste arruinar! Ejemplos de una frescura tamaña ofrecen pocos los anales.

ALFREDO CALDERÓN

Cristo..., al quite.

Negro, de abundantes libras, centelleante la mirada, feroz en la embestida, era el toro que allá, en una calurosa tarde del año 1846, derribó en la plaza de Sevilla á cierto picador de toros, tan tumbón como viejo, temeroso y holgazán. Caído en el ardiente suelo y sin esperanzas de salvación, pensó morir. En las ansias de su agonía, cubierto todo el cuerpo de sangre y sintiendo muy cerca de sí el cansado aliento del toro, dicen que dijo al Creador, mirando fijamente al cielo:

—Zeñó. ¡Zeñó de los cielos! ¡Premita Dios que si este berrendo me eja con vida que te e corgar, patronsito de mi pueblo, un cuadro mi, pero mi grande, que recuerde el milagro! ¡Adiós, Curra, adiós churumbelitos de mi alma y de mi corazón!

Dobló la cabeza el pobre mártir, y vióse ya entre las nubes del cielo llamando á la mismísima puerta en donde dormita San Pedro. Jinete en su penico ruin, cabalgaba el pobre picador, como nueva Walkyria, envuelto en nubes.

Y en esto pasó mucho tiempo, ¡á él le pareció un siglo, y hubo de despertar por fin.

El tumulto era indescriptible en la plaza. Un plantío de naranjas, un verdadero huerto valenciano se extendía en derredor del picador.

El público pedía á gritos la cabeza del víctima.

¿Cómo se había salvado el desdichado picador? El Enano y El Tío Jindama lo dijeron por la noche: «Al quite había estado la Divina Providencia.»

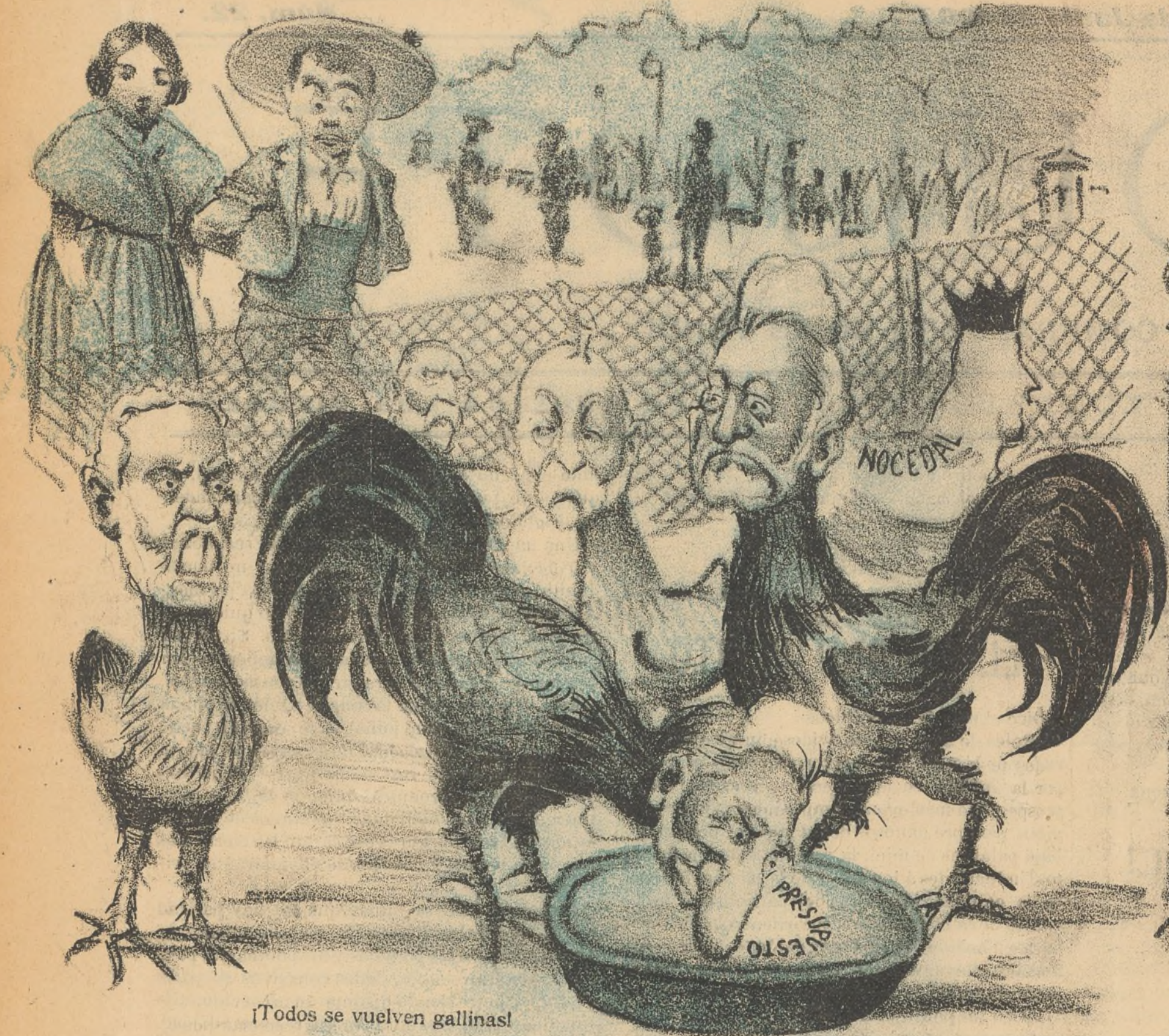
Una vez salvado el picador, recompuestos y catalogados sus huesos, fué á reponerse á su pueblo, y encargó á un pintor que inmortalizara con pincel y con colores la escena.

Y el artista, poseído de fervor religioso, pintó á Cristo en la cruz. El Nazareno estaba pálido; su cuerpo todo destilaba fuentes de bermellón y chafarrinones de minio.

A mal Cristo, mucha sangre.

Al pie de la cruz colocó un torazo, especie de monstruo de la fábula, de colosales cuernos y horrendos ojos, encrespado el pelo y retorcida furiosamente la cola.

Junto á la bestia yacía el picador indefenso y á punto de ser muerto. Mas lo inaudito, lo inesperado, lo verdaderamente original y típico era, que Nuestro Señor Jesucristo, descolgando muy



¡Todos se vuelven gallinas!



¡Que gusto! ¡Al fin hemos echado á Canalejas!

DON QUIJOTE



Don Segis.—Pero Señor, ¿porqué dirá la gente que tengo mala sombra?



Don Práxedes (pregonando).—¡Nuevo papel higiénico! ¡Indispensable para ciertos usos! ¡Último programa ministerial!



LA CAIDA DE CANALEJAS

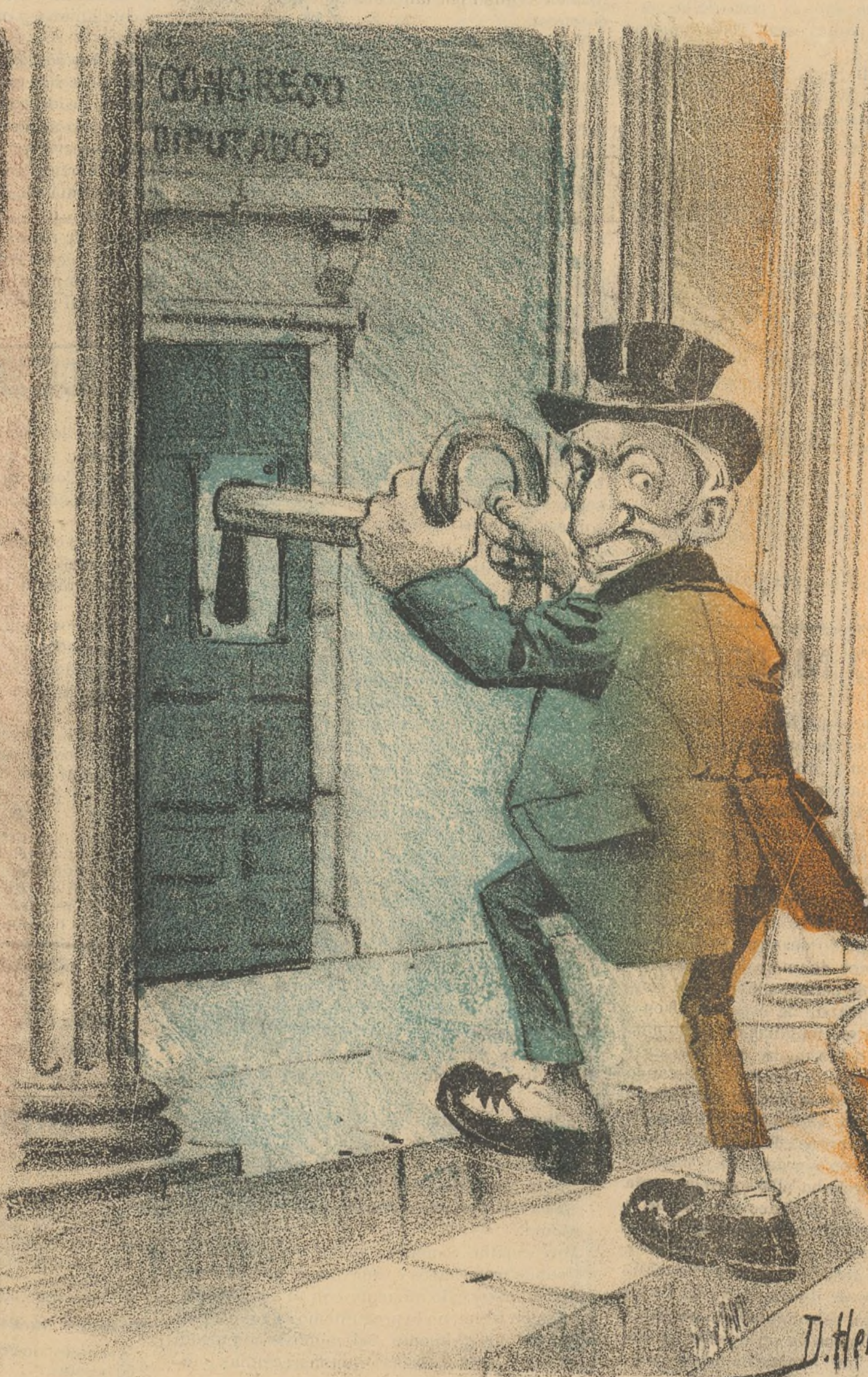
LOS NUESTROS



ROBERTO CASTROVID



¡Ahora sí que comienzan las fiestas!



Don Práxedes.—Ahora echo la llave.... ¡Y que me entren á mi mosca!



Cayó en blando.

rápido un brazo de la cruz y sosteniendo en su mano un capotillo rojo, se llevaba a la fiera dulcemente, dirigiendo al mismo tiempo, una paternal mirada al picador.

Este es el cuadro de *«Exvoto que es fama se conserva en la ermita de el Cristo de Torrijos, cerca de Sevilla»*.

Por lo cual es fama también que cuando el bondadoso sacerdote de la ermita eleva sus preces, no puede menos de brindarle esta oración, bonete en mano e hisopo en ristre:

«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, *picadores*, ahora y en la hora...»

RODRIGO SORIANO

ENFANT TERRIBLE

Pregunta el párroco al chico de un accionista del Banco:
—Sabe usted lo que hizo Judas?
—No lo sé—dice el muchacho.
—Pues vendió a Nuestro Señor Jesucristo.
—Ya... Por cuánto?
—Por treinta dineros. ¿Qué le parece a usted?
—Barato.

JOSÉ DE LASERNA

¿Quién es Suárez Inclán?

LA REPÚBLICA

Leyendo a los místicos me he imaginado cómo pudo ser en su vida carnal el Hijo de Dios.

¡La República! Yo he intentado muchas veces en mis exaltaciones de creyente, darle forma humana, hacerla visible y palpable —el ideal hecho carne!

Pero la hermosa figura se me ha aparecido en distintas formas, bajo aspectos diversos, aunque siempre llena de encantos y de gracias, seductora como toda mujer.

Yo la he visto —en mis fiebres imaginativas— semejante a una de esas heroínas de las leyendas, el pelo suelto sobre la espalda, la mirada llameante, las vestiduras rotas, manchada de sangre, indignada y furiosa. —¡la trágica, pero hermosa figura de la Revolución!

Y he visto después a la fogosa heroína transformada en placida matrona: la alba túnica cayéndole en pliegues sobre los pies, como en las estatuas de las diosas, la mirada serena y tranquila, la boca sonriente sosteniendo en sus manos la balanza y la espada, símbolos de la justicia y de la fortaleza.

Así, bajo esos dos aspectos, tan extrañamente distintos, he visto siempre a la República, representando primero a la Revolución, representando después el Poder...

MIGUEL SAWA

La divina Providencia.

La erupción del volcán Pelée —que debió caer en Madrid...— ha dado una ocasión más de aplaudir a la Providencia.

No satisfecho el buen Dios con haber derribado la torre de la catedral de Cuenca sobre las testuzas de los católicos que le estaban dando gracias por los beneficios que dispensa a los hombres en general, y a los de Cuenca en particular, ni con haber hecho cisco en Compiègne el vagón donde unos peregrinos entonaban cánticos celestiales, no ha dejado ni una rata viva en la católica Saint-Pierre.

Es decir, como ratas, sí han quedado dos para contarlos.

El obispo de aquella diócesis, monseñor de Cormont, que se embarcó de prisa y corriendo con rumbo a Europa al primer bufido que dió el volcán, pero encargando a los fieles no dejaran de ir a orar al Dios de las alturas, el cual se entretenía en soplar el cráter para hacerlos polvo.

Y un tal Joseph Jean-Marie, que se hallaba en la cárcel por asesino, esperando que le llevaran al patíbulo.

De las 40.000 personas que había en Saint-Pierre y sus alrededores (en el número de las cuales figuraban miles de criaturas que no hicieron daño a nadie), la divina Providencia no dejó vivos más que un asesino y un obispo. Menos mal el asesino. ¡Pero el obispo!

Una sociedad de hombres, honrados, ó que por lo menos no habían matado a nadie, condena a morir un hombre por asesino. Interviene Dios: mata a toda la sociedad y salva al asesino, quien, al salir de su calabozo subterráneo, paróse maravillado de ver que de todos cuantos le condenaron a la última pena sólo quedaba el obispo para darle la absolución.

Convengamos en que un Dios que erupción lavas y llamas para abrasar vivas a 40.000 personas

honradas, y que salva a un asesino y un obispo para que perpetúen la especie, es de lo más decentito que se ha visto en clase de Providencia...

LUIS BONAFOUX

PÁGINAS REVOLUCIONARIAS

LA TIRANÍA

Concentrada en los tiranos la autoridad del Estado, califican con el nombre de crimen todo lo que les hace sombra, y la tiranía abre por todas partes abismos a los pies de los ciudadanos. Como el príncipe está amparado por el supremo poder, los aduladores le prodigan los pomposos títulos de rey de los reyes, emperador augusto, sagrada majestad, y convierten en crímenes de Estado todo lo que les desagrada...

Por muchos siglos estos odiosos tiranos han desolado la tierra; pero su reinado va a concluir; la antorcha de la filosofía ha disipado ya las densas tinieblas en que habían sumido a los pueblos. Atrevámonos a penetrar en el recinto sagrado donde se atrinchera el poder arbitrario; atrevámonos a desgarrar el misterio con que cubre sus atentados, despojándole de sus armas formidables, siempre funestas a la inocencia y a la virtud...

¡Felices pueblos los que habéis roto el duro yugo bajo el cual gemíais; a vuestra noble osadía es a la que debéis vuestra felicidad!

MARAT

Anécdotas políticas.

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

D. Segis a D. Alberto:

—La vida se hace cada vez más imposible. Sube el precio de la carne, sube el precio de las patatas. ¿No sé en qué parará esto! ¡Todo cuesta un dineral!

—No lo crea usted, D. Segis. Mire usted lo que dice un periódico: «En Málaga le han dado a un hombre por tres pesetas cinco puñaladas.»

..

Los rayos X.

Un médico a Puigerver:

—Aquí le entrego a usted la fotografía de su cerebro.

Puigerver, examinándola:

—¡Pero si aquí no se ve nada!

—Pues eso demuestra la bondad del experimento: ¡Tiene usted la cabeza vacía!

..

—Créame usted, amigo Silvela; no hay nadie que pueda dar respuesta a esta pregunta: ¿Qué viene después de la muerte?

Silvela, sonriéndose:

—Después de la muerte? El juicio de testamentaria.

..

—¡Oh, el duque de Sexto, qué gran pintor!

Hombre, pues yo no conozco ninguno de sus cuadros.

—Y aquel cabello! Y aquella barba! ¡Quiéres algo mejor pintado?

UN NIÑO MUERTO

El espectáculo me produjo horrible impresión. La criatura muerta era un amasijo repugnante de carne recién parida y estéril humano. La extrajeron de la letrina con los miembros descomulgados, las facciones deshechas, el cráneo roto. Una mueca siniestra deformaba su boca, donde la vida sólo tuvo tiempo de hacerse grito para protestar de que la cortasen tan pronto. El recipiente, por cuyo hueco lanzaron al niño, resultaba estrecho. La mala madre necesitó laminar aquel cuerpo desprendido del suyo para conseguir su propósito. Unos cuantos manchones de sangre y varias tiras de pellejo adheridas al conducto de barro, certificaban la espantosa faena.

Reproduciendo con mi imaginación el momento del crimen, veía yo a la madre culpable atravesar el pasillo cubierto de sombras, sujetando con una mano el cuerpo de la víctima y ahogando sus vagidos con la otra. Atenta al más insignificante rumor, haciendo prensa destruetura el brazo y pecho que debieron ser amparo y sustento del recién nacido, marchaba ella sobre la punta de los pies, titirando, con el tiriteo medroso de la culpa, ansiosa de suprimir cuanto antes el fruto de sus pasados goces y de su presente deshonra. Así llegaba ante el hueco de la letrina; su mano derecha, adquiriendo la dureza y forma de los corbatines del garrote, estrangulaba la garganta del nuevo viviente. Dejaba de serlo éste tras una última sacudida nerviosa; poniale la madre cabeza abajo sobre el boquete negro, y empujaba, empujaba hasta hacerle desaparecer violentamente entre un sordo crujir de carne desgarrada y huesos partidos.

En tal forma debió realizarse el crimen, y yo, al evocar, maldecía de la hembra sin entrañas, como maldecían cuantos conmigo rodeaban el cadáver del pequeño. No, el crimen no tenía excusa; la mayor pena era suya para castigarlo.

¿Qué suplicio comparable al de la infeliz criatura? ¿Qué ley, por terrible que fuese, sería cruel aplicada contra quien violaba la más santa de todas las leyes naturales? ¿Dónde encontrar excusa para tan ruin delito? ¿Dónde piedad para su autora? No; aquella mujer, aquel monstruo humano, era indigno de caridad, de defensa, de amparo. Comparado con ella, el verdugo resulta un ángel. Al fin y a la postre, el verdugo estrangula la carne ajena; aquella mujer había estrangulado la propia.

Cuando la infanticida apareció delante de mí, no pude dominar un gesto de asombro. Nunca he visto imagen más dulce, más tierna, más conmovedora que la suya. Caía el mal peinado cabello rubio sobre su frente pálida, y descendía hasta sus hombros para encuadrar la dolorosa lividez de su cutis. De sus ojos azules resbalaban silenciosamente lágrimas sin término; plegábanse con angustia sus labios sin color; un estremecimiento febril agitaba su estatuaría figura, y por su garganta salían, mezclándose a sollozos de madre huérfana, estas palabras únicas: «Hijo mío!... ¡Hijo mío!...»

Al ver al infante no fueron sollozos, fueron gritos los que lanzó; con los brazos tendidos adelantóse hacia el cadáver, cayó de rodillas, lo cogió entre sus brazos, pegó su boca a la sangrienta carne salpicada de humano estiércol, abrió desmesuradamente los ojos y cayó sin sentido en tierra.

Fué un momento trágico, en que el sublime dolor de la maternidad, frustrada por la muerte, aparecía con toda su terrible grandeza.

Y aquella mujer, aquella hembra desvanecida por el sufrimiento junto a su hijo, ¡fue capaz de asesinarle, de suprimirle sin compasión!...

¿Qué causa hizo violar antes las leyes de la Naturaleza a quien por tan cabal modo las cumplía entonces?...

Y yo, pensando en esto, comenzaba a recomponer nuevamente la historia del crimen. Y veía a aquella muchacha educada en un medio social donde se considera deshonorada para siempre, para siempre perdida, a la mujer que se entrega a un hombre sin pasar por los libros de un registro civil ó por los archivos de una iglesia; la veía influenciada por el respeto a las leyes del honor social, que condenan y ejecutan a la hembra que en un rapto de pasión las conculca; la veía obligada a vivir en un mundo donde se niega entrada honrosa a las mujeres solteras que llevan en sus brazos frutos de uniones ilegítimas, sin perjuicio de admitir y saludar reverentemente a las mujeres casadas que ofenden a sus esposos y les hacen mantener y querer como suyos los hijos de otro hombre.

La veía educada en ese medio ambiente injusto é ilógico; la veía entregar su cuerpo, sin reflexión, por mandato invencible de su naturaleza apasionada, y la veía luego, durante un mes y otro, sentir la presión de los prejuicios hereditarios, los sobresaltos de la deshonra próxima, el deseo de ocultar su falta, de hundirla en el misterio, para que nadie la despreciase ni la mal dijese.

Veía esto: veía llegar el trance temido, y abultarse, a impulsos de la fiebre, temores, vergüenzas, anhelos, falsas ideas de honor, que acababan por matar en ella a la madre para trocarse en verdugo, en monstruo accidental, hasta que el dolor y la Naturaleza, reclamando su puesto, resucitaban a la madre, a la hembra, y la hacían caer de rodillas junto al cadáver, prorrumpiendo en un «¡hijo mío! doloroso y solemne.

Esto pensaba yo contemplando la tierna y conmovedora imagen de la infanticida, sus cabellos rubios, su frente pálida, sus ojos azules llenos de lágrimas, su cutis livido, sus labios sin color, y su cuerpo desplomado en tierra.

No trato ahora, no trataba entonces, de defender su crimen. Pero no tendremos, no tendrán las preocupaciones sociales parte en él?

La ley misma procura favorecer a la infanticida. No la considera madre de momento. La su pone influenciada por la fiebre. No dice que por las preocupaciones sociales; pero, si no lo dice, lo siente. De ahí su misericordia.

¿Por qué no termina la sociedad la obra de la ley?

Si la ley, castigando con misericordia los infanticidios, hace bien, la sociedad, procurando evitarlos, haría mejor. Castíguense, sí, que castigo merecen; pero hágase al paso que no ocurran. ¿Sería tan fácil conseguirlo?

¿Cómo?

Muy sencillo. Sencillo y justo.

Cuando tropecemos a una mujer que lleve un niño en brazos y lo alimente con su sangre convertida en leche, no le preguntemos si tuvo aquel hijo legal ó ilegalmente. Saludémosla con afecto respetuoso, con el respeto que merecen las buenas madres.

Una madre que amamanta a su hijo siempre es buena.

JOAQUÍN DICENTA

LIBROS

El Satiricón.—¿Quién no recuerda la popular novela *Quo Vadis*, con su protagonista el poeta Petronio, árbitro de las elegancias de la Roma imperial?

La famosa novela ha servido para resucitar en todo el mundo el recuerdo de Petronio, el poeta libertino, y de su libro *El Satiricón*, cuadro acabadísimo de la corrupción romana y guía de todos los autores que intentan describir aquella época de la historia.

Todos saben, por el *Quo Vadis* quien fue Petronio y conocen de oídas *El Satiricón*, del que se habla mucho en la citada novela; pero muy pocos han leído la famosa obra del poeta romano.

El editor Sempere, en su constante deseo de popularizar todos los libros de renombre, acaba de publicar un edición de *El Satiricón*, excelentemente traducido al español por Roberto Robert, y que se vende, como todos los libros de dicha colección editorial, al precio de una peseta.

Estudios religiosos.—La casa editorial Sempere ha publicado un hermosísimo libro, *Estudios religiosos*, de Ernesto Renán.

Inútil creemos hablar del ilustre escritor francés, famoso en el mundo de las letras, ni de sus libros, tan calumniados por los explotadores de los dogmas, que sólo ven en Renán la figura demoleadora, permaneciendo oculto el hombre espiritual que, al someter las grandes figuras religiosas al análisis de su crítica, sacrifica algunas veces las severidades del pensador para idealizarlas como poeta.

Así hablaba Zorrapastro.—Trátase de una crítica acerba, ingeniosa, cultísima de la actual España, comprendiendo temas tan interesantes como la misión del jefe del Estado, concepto del ejército en los tiempos modernos, la aristocracia, la educación y las aspiraciones del proletariado, el catalanismo y otros asuntos de palpitante interés.

Así hablaba Zorrapastro es original de un conocido escritor militar que ha adoptado el seudónimo de «El comandante...», y en sus páginas nerviosas, castizas, aceras y llenas de sabias observaciones, se adivina al hombre que posee inmenso caudal de ideas y sabe expresarlas en forma originalísima.

A ras de tierra.—Es otro de los libros publicados por la casa Sempere. Su autor es el conocido literato Manuel Bueno, y se vende, como los anteriores, al precio de una peseta en todas las librerías.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

—¿Qué suavidad, qué tersura la de su piel, Marquesa; qué perfume, qué fragancia la de su carne!—¿Como que me lavo con *Jabón de Almedras Gal*, amigo mío!

Jóvenes elegantes, apuntad en vuestro carnet estas señas: A. Vallejo, *Alcalá, 17*. ¡Es el mejor establecimiento de muebles de Madrid!

Todos los hombres inteligentes lo dicen, y a voz en cuello, para que se oiga mejor: «Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*»

Ya se ha firmado la paz entre ingleses y boers. Brindemos por ambos pueblos con el exquisito *Anís del Mono*!

LA FRANCESA

Visitad, ¡oh, mis queridos amigos! el gran establecimiento *La Francesa, Paz, 1*. Allí encontraréis todo lo que os haga falta: preservativos higiénicos, tarjetas postales con mujeres hermosas, libros festivos, etc., etc. Aprovechad la ocasión!

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.